

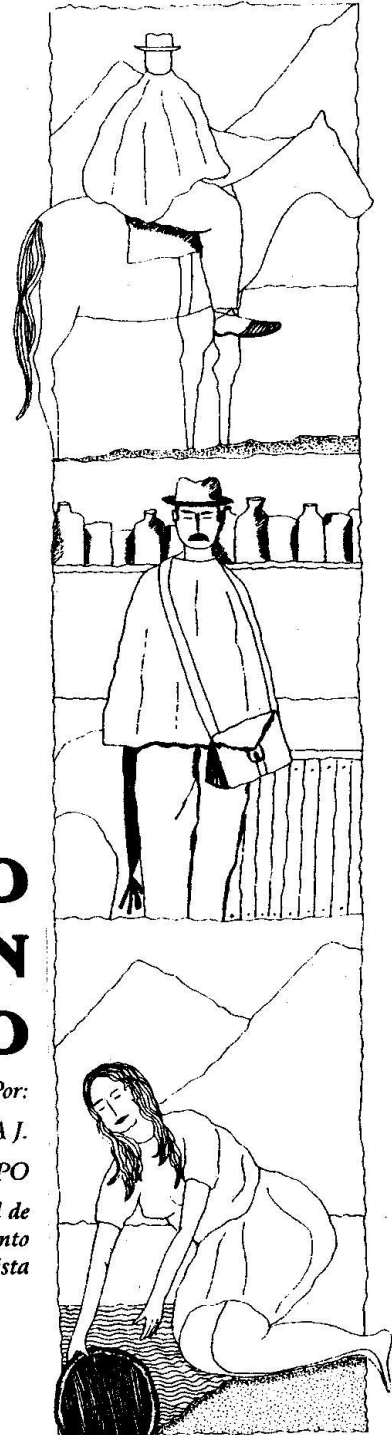
EL MITO DEL GRAN ANTIOQUEÑO

Por:

LIBIA J.

RESTREPO

*Historiadora, Universidad Nacional de
Colombia. Profesora asistente del Departamento
de Formación Humanista*



El propósito de este corto texto no es otro que el de provocar una reflexión consciente y realista acerca del fenómeno imaginario de la antioqueñidad.

Imaginario porque, al fin de cuentas, la pregunta que invariablemente se nos plantea en esta parte del curso de "Nuestra Sociedad y sus Valores", es: ¿Y cuáles son las cualidades y valores, reales y efectivos, que supuestamente encarnan los antioqueños?

Obviamente, y por la necesidad de rigor crítico, se empezará dudando de las ideas que tradicionalmente han magnificado algunos aspectos de nuestra idiosincrasia, así como de innumerables escritos que han contribuido con elaboraciones e interpretaciones -bien intencionadas-, pero que continúan arrojando resultados de sobrevaloración traducidos en "la pujanza de la raza", "la fortaleza paisa" o "la cultura antioqueña".

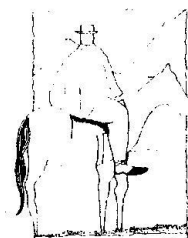
El planteamiento de fondo que se propone, para contrarrestar este estilo de pensamiento, es considerar esta figura como un MITO, que todo lo explica, lo soluciona y, en el peor de los casos, todo lo justifica sin ninguna argumentación ética racional.

Antes de continuar, por los rechazos que pueda producir, permítasenos

adelantar un par de aclaraciones que se consideran pertinentes: Primera, la autora de este artículo es antioqueña. Nacida, no en el parque de Berrío sino en la Otrabanda del río Medellín. Que vive, ama y trabaja en su ciudad, con la confianza que produce enseñar sobre futuros mejores.

Por otra parte, quiere hacer evidente la dificultad que entraña esta temática: Se ha estudiado y escrito tanto sobre Antioquia y sus fenómenos, que un artículo más corre el peligro de la redundancia y la reiteración. Antioquia y los antioqueños han sido quizás los más estudiados por propios y extranjeros con más solvencia y erudición, y llevar a cabo esta sencilla tarea -difícil por la misma razón-, fue posible gracias tan sólo al compromiso docente de la autora con la Universidad Pontificia Bolivariana en el empeño de una Cultura del Ser entre sus educandos.

Este es un ideal que muchos estamos compartiendo con la U.P.B., y es que los paisas venimos, hace años, confundiendo el amor por la tierra de nuestros padres con actitudes regionalistas y excluyentes -por tanto agresivas y además violentas-, que no nos conducen a ningún fortalecimiento como comunidad ni como sociedad.



Quedando explícitas las salvedades, retornemos ahora a la propuesta inicial a partir de las siguientes inquietudes:

- ¿Cómo, cuándo y por qué se configura el mito de "La Raza Paiseña"?
- ¿Cuáles son los antecedentes históricos y culturales que posibilitaron su surgimiento?
- ¿Qué efectos positivos ha producido esa sobrevaloración y cómo encauzar efectivamente los negativos?

Más que respuestas simplificadoras a estas cuestiones, nuestro interés está centrado en provocar una reflexión seria que modifique una actitud consciente o no -hasta ahora poco cuestionada-, para lograr unos criterios más sólidos, la construcción de un proyecto ético más firme y resuelto, acorde con nuestras realidades sociales, que nos rescate del pesimismo y de la desesperanza colectiva.

Para lograr tales efectos se presentan tres elementos de análisis: el histórico, el axiológico y el de un compromiso cultural eficaz, reunidos bajo algunos cuantos aspectos tomados al azar.

Sin entrar a dirimir acerca de la leyenda negra que estigmatiza al conquistador y colonizador español, se tomará como el elemento ancestral que más

aportes otorgó a la idea que tenemos de la antioqueñidad:

"La búsqueda del oro fue la causa inmediata de la colonización española de la provincia de Antioquia en el siglo XVI. Atraídos por las leyendas de fabulosas riquezas ocultas y las noticias de hallazgos efectivos, los primeros conquistadores fueron seguidos bien pronto de numerosos inmigrantes vascongados y asturianos"⁽¹⁾.

Espanoles que no tenían nada que perder buscando fortuna en las recién adquiridas tierras de "El Rey, Nuestro Señor" y junto con la decisión de la aventura (la misma de un antioqueño que se respite), trajeron consigo, desde sus lugares de origen, la credencial de "cristianos viejos, limpios de toda mala raza"⁽²⁾.

Subrayamos raza en la cita, porque significaba, más que pureza de sangre, la de creencias religiosas sin mezcla de ritos musulmanes, gitanos o judíos.

1) Parsons, James. *LA COLONIZACIÓN ANTIOQUEÑA EN EL OCCIDENTE COLOMBIANO*. Carlos Valencia Ed. Bogotá, 1979. p.18.

2) *Ibid.*

3) *Ibid.*

4) Kastos, Emiro. *ARTÍCULOS ESCOGIDOS*. Bibl. Banco Popular. N° 31. Bogotá, 1972. p.150.

5) Jaramillo, Roberto Luis. "La Colonización Antioqueña". En: *HISTORIA DE ANTIOQUIA*. Colecc. *El Colombiano*. Cindec, Medellín, 1989. p.142.

Noción ambigua para nosotros pero plena de significados complejos desde entonces.

"Con todo, aún persiste la leyenda de que la primitiva Antioquia fue poblada por judíos sefardíes, a lo que ha contribuido la reputación de ambiciosos, de negociantes, dotados de aptitudes superiores para el negocio y el comercio"⁽³⁾.

Leyenda que cumple con los requisitos de lo legendario: perpetuarse en una tradición para respaldar la reputación adquirida (gratuita o luchada).

No es nuestra intención ahondar más en la disputa, ya secular, de la presencia judía. Ni es realmente importante a estas alturas. Para los objetivos de este trabajo, la cuestión es acercarnos a esas supuestas cualidades de hábiles comerciantes y prácticos negociantes (aunque no ha de faltar el zongo y perezoso).

En tal caso, los inmigrantes aquí radicados no fueron nobles. Más bien, si se quiere, hispanos comunes y corrientes apurados por la suerte y la necesidad, entregados a labores materiales "aún en oficios más vulgares [...] pareciéndoles más digno y honroso trabajar"⁽⁴⁾.

Ellos sí, sencillos, austeros y modestos. Trabajaron en los más dispersos lugares donde encontra-

ran qué hacer, buscando siempre mejores condiciones y recursos. De allí que el descendiente resultante tuviera disposición a emigrar fácilmente, sin estrechar compromisos laborales ni establecer afectos con los negocios, llevados más bien por el individualismo.

Esa movilidad geográfica (presente en los refranes y chistes), constituyó un rasgo positivo, aunque bien pronto cayó en la errancia y desadaptación.

"Vagos eran los que no tenían rentas, ni bienes, ni sueldo, ni oficio, ni beneficio, ni ocupación; ser hijo travieso o jornalero sin estabilidad en una finca ajena, constituía vagancia. Ser pobre o desadaptado social era delito"⁽⁵⁾.

Es decir, la pobreza era delito porque se asociaba a la vagancia, a no tener bienes. En últimas, valores materiales y económicos. "Ser pobres no es pecado. Pecado es no trabajar", afirma el refrán actual. Y para el siglo XVIII pecado y delito significaban lo mismo ante el abandono de los vagabundos rondando los poblados en grupos de mendicidad.

"...en tiempos del gobernador Lorenzana se calcularon cuatro mil en toda la provincia y se pensó que la solución a tal problema era la expulsión forzada de tales sujetos hacia las tierras recién anexadas o a las nuevas co-

lonias que se habían estado organizando en forma espontánea y en todas direcciones"⁽⁶⁾.

Esa es pues, la romántica motivación de las primeras colonizaciones que no nos cuentan los forjadores de la "epopeya antioqueña"⁽⁷⁾.

Por si fuera poco, la férrea presencia del Oidor Juan Antonio Mon y Velarde en la provincia de Antioquia hacia 1785, responde precisamente a la necesidad de remediar la situación de abandono moral, miseria religiosa y desocupación de "los vagos y mal entretenidos" mediante el severo reformismo borbónico ilustrado y que, por la brevedad del espacio, no es posible entrar a profundizar. No obstante, realicemos la pregunta: ¿Cuál ha sido el mecanismo que ha mediado para que un defecto generalizado se convirtiera en cualidad muy particular? Acaso las gestas colonizadoras subsiguientes y tan glorificadas, se iniciarían al amparo de una tradición idealizada.

Pasando a otro asunto, y sin entrar en consideraciones polémicas acerca de las cualidades o aportes de los elementos indígenas y/o esclavos africanos como la reserva y desconfianza, el temperamento nervioso o la locuacidad, el mestizaje "ha sido menospreciado en una especie de

'hipocresía racial', hipocresía que se clisó en una dizque 'raza antioqueña'⁽⁸⁾. Y si es discutible o incómodo llamarle hipocresía, presentemos otra solución o alternativa:

"De la mezcla primera de elementos españoles, indios y negros esclavos, ha resultado el pueblo que hoy, cometiendo una herejía etnológica se llama a sí mismo la raza antioqueña [...] firmemente arraigada en el uso popular"⁽⁹⁾.

No sabríamos determinar con precisión el origen de tal dogma, pero quien entienda las razones y la naturaleza del antioqueño, habrá dado con la clave histórica del fenómeno.

Lo que sí puede ser cierto es que el aislamiento geográfico en sus montañas, hasta que se emprendió la construcción del Ferrocarril de Antioquia en 1875, refleja una tradición y unos rasgos culturales muy particulares. Para ese entonces, la noción de "Progreso" ya había hecho su ingreso junto con la idea de levantar "el camino de hierro". Las élites políticas buscaban, además de beneficios económicos para Antioquia, "fortalecer el sentimiento de unidad nacional"⁽¹⁰⁾, tal vez para neutralizar la idea de que "ser antioqueños" significaba más que ser colombianos, y en esa tarea de enlace y armonía se lanzó la sociedad

con las arduas campañas lideradas por Pedro Justo Berrío. La colosal obra de ingeniería (olvidada o desconocida por los mismos antioqueños), requirió de valor patriótico, disciplina férrea y determinación moral. Los valores de progreso y patria se vincularon entonces como fundamento en el deseo de construir una Antioquia Grande. "El Ferrocarril ha educado a Antioquia y la ha habituado a triunfar", afirmó Alejandro López I.C.⁽¹¹⁾.

La influencia fue lenta pero avanzó con seguridad, mediante la destreza del que está convencido, ocultando sus contradicciones mediante el recurso de mostrarlas como indicios de superioridad y ello se adoptó como costumbre. Lo corrosivo estuvo en que una gran mayoría de antioqueños viven firmemente convencidos de que constituyeron una raza aparte, la única con la

6) *Ibid.* p.134.

7) *Ibid.* p.137.

8) Botero G., Néstor. "Presencia incaica en Antioquia". En: *Pregón del Centro de Historia de Sonsón. Año X, N° 75. Ene-Feb 1987.* p.10.

9) Parsons. *Op.Cit.* p.19.

10) Uribe J.V. y Arosemena, Pablo. "Informe de una Comisión del

Senado". En: *RÉPLICA DEL EMPRESARIO. A. Alcázar ed. Bogotá, 1881.* p.44

11) "Ferrocarriles y Médicos". *PER El Ferrocarril de Antioquia. N°s 1562-1565. Medellín, Dic. 26 de 1929. pp.12.556.*



voluntad y el poder de desarrollar una cultura material y económica en Colombia, orgullo a menudo reforzado por mal analizadas campañas oficiales.

Este principio vino a constituirse como la piedra angular de todas sus adquisiciones y fue fruto de un largo proceso consciente o no de la tradición, la estructura social, religiosa y económica.

Para las primeras décadas del siglo XX, en el proceso de la expansión industrial antioqueña,

"Un elemento de la tradición absolutamente decisivo [...] fueron los valores y tradiciones de tipo religioso, los cuales, combinados hábilmente con el factor moderno del 'manejo' pudieron sacar un trabajador diligente y comprometido, sobrio y honrado"⁽¹²⁾.

Lamentablemente, y hasta que no se demuestre lo contrario, la capacidad de compromiso y de honradez ha estado en rápida decadencia por lo contradictoria de sus actitudes.

"El antioqueño, por un contraste inexplicable, no cultiva sino pasiones antisociales, rivalidades caprichosas, antipatías y odios insensatos"⁽¹³⁾.

12) Mayor Mora, Alberto. *ÉTICA, TRABAJO Y PRODUCTIVIDAD EN ANTIOQUIA*. Tercer Mundo Ed. Bogotá, 1989. p.251-252.

13) Kastos. *Op.Cit.* p.216.

14) *Ibid.* p.191.

15) *Op.Cit.* p.157.

16) *Ibid.*



Una de las maneras de sustentar el orgullo paisa desmedido es sentirnos constantemente humillados y atacados. Cualquier crítica, incluyendo la presente, la tomamos como una afrenta mezquina y esa pretendida dignidad se ha adquirido a fuerza de mirar de arriba abajo a los demás como si fueran inferiores y mediocres. No falta quien ridiculice constantemente a los habitantes de otras regiones para pretender valer más con elementos de desprecio.

Sobre el dichoso mito construimos todos los valores y, en resumidas cuentas, ser "paisas" dizque lo es todo. Con ello se nos confiere todo lo demás en una especie de omnipotencia y justificación para las agresiones y la camorra.

La verdad es que no hemos sido pacíficos, igualitarios y democráticos. Generalmente enfrentamos todo comienzo con pleitos y demandas y, si en otros lugares se agotan los recursos amigables antes de proceder, para la generalidad de los antioqueños "un litigio es una diversión exquisita"⁽¹⁴⁾. No nos podemos "dejar".

Para terminar, ¿cuál ha sido la caracterización de tan orgulloso personaje? Roberto Luis Jaramillo lo describe magistralmente:

"...como compuesta para teatro [País Paisa], cuyo protagonista es un antioqueño típico,

guapo, blanco y titán del trabajo: tiple, camándula, escapulario, trova, machete, carriel, ruana, mula, perro, zurriago y 'mi morena', junto con la bendición de una madre, el hacha y un bambuco [...], elementos adecuados para que las fieras se apartaran, los árboles del monte cayeran, el maíz naciera y la familia modelo se multiplicara, surgiendo, en fin, una raza superior con cultura de alpargata"⁽¹⁵⁾.

Sugiere el autor de tan fiel descripción, que el mito del pueblo antioqueño "como el único que ha pujado en Colombia debe ser revisado"⁽¹⁶⁾, y que dejemos de propagar tales inventos exagerados y discriminatorios. Empezando por considerar que hace varias décadas, al derrumbarse los valores religiosos que sostuvieron la moral católica, no quedó una moral laica que la remplazara. Se invoca erróneamente a otro redentor: el Mito, para dignificar e integrar a la sociedad alrededor de valores que perdieron vigencia; a un "gran antioqueño" que pudo no haber existido nunca, con la misión regional de encarnar aspiraciones colectivas de rescate forzoso y neocolonizador sanitario de las conciencias.

"Dése al pueblo antioqueño buena educación, trabájese por reformar sus costumbres [...] procúrese para la indus-

tria un desarrollo más fraterno, menos egoísta, que ofrezca a todos colocación y porvenir, y entonces la energía de carácter, en vez de producir esos tipos corrompidos y monstruosos, servirá como una máquina de alta presión para empujar estos pueblos hacia grandes y poderosos destinos”⁽¹⁷⁾.

Trabajar, luchar, conseguir, estudiar -cultura del hacer-, es una obligación de cualquier ser humano. Cumplir con esa responsabilidad puede ser meritorio. Pero buscar un ideal en la dignidad de la persona humana, estructurar un proyecto-más-

allá en el ser ético es lo que es realmente digno de admiración. Se trata de superar y potenciar con convicción nuestras capacidades reales y esa sí debe ser la tarea de una sabia imaginación.



17) Kastos. *Op.Cit.* p.131.